

sí por actores políticos que estuvieron en la palestra pública en otros tiempos. Este escenario además puede tener el agravante de ser controlado por grupos que pretendiendo la venganza, intenten persecuciones políticas e incluso un aumento generalizado de las violaciones a los derechos humanos bajo el argumento de la seguridad.

Entre otros aspectos hemos oído a connotados juristas hablar de la vuelta a la constitución de 1961 con base a lo dispuesto en el artículo 250 de la misma, que rezaba:

Esta Constitución no perderá su vigencia si dejare de observarse por acto de fuerza o fuere derogada por cualquier otro medio distinto del que ella misma dispone. En tal eventualidad, todo ciudadano, investido o no de autoridad, tendrá el deber de colaborar en el restablecimiento de su efectiva vigencia.

Creo que es un error político tal pretensión, pues sería desconocer todo el proceso referendario que aconteció en el país, sería oponer a esta primera circunstancia lo establecido a su vez en el artículo 333 y 350 de la actual constitución, lo que nos puede llevar a diatribas e incluso guerras sin fin. Es el pueblo y sólo él quien decide darse su propia organización política. Por otro lado, la aplicación del artículo 250 de la constitución de 1961 en las circunstancias en que se dio la modificación constitucional parece jurídicamente dudosa.

Otro escenario igualmente indeseable es que el ala más radicalizada de los afectos al actual gobierno mantengan el estado de pugnacidad permanente, que nos pueda llevar a un autogolpe. Esto nos llevaría a su vez a una dictadura con su consecuente carga de violencia. Pero de igual forma esta pugnacidad nos puede empujar a un escenario de golpe de estado dado por grupos radicales de derecha, un estilo pinochetazo, que aunque improbable por el ambiente internacional (en especial por la oposición mostrada por el departamento de estado norteamericano a la idea) existe en la mente de algunos grupos de oposición como un mal eventualmente necesario. De hecho, es bueno recordar que la guerra federal impulsó

la dictadura paecista, experiencia que el mismo Páez años más tarde intentó olvidar.

De allí la necesidad de pactar una verdadera agenda de diálogo entre todos, incluyendo al actual gobierno (con independencia a la posibilidad de que pueda salir por un referéndum revocatorio), sobre los verdaderos problemas del país, que sin duda tienen por centro la superación de la pobreza, así como también la necesidad de poseer cierta seguridad jurídica, un sistema judicial confiable, una administración pública eficiente, etc. En estos aspectos los venezolanos parecemos estar de acuerdo, no así en los caminos de solución. Descubrir nuestros acuerdos y desacuerdos puede ser un paso importante en el diálogo social. Descalificarnos no nos ayuda en nada.

Esta agenda debe revisar aspectos ya señalados en el pacto de gobernabilidad, como elementos indispensables. La reinstitucionalización del país, volver a las sendas de la descentralización, independizar a los órganos del poder público, respeto a la fuerza armada, incentivo a las inversiones privadas, con la consecuente creación de puestos de trabajo, discusión de contratos de trabajo con sueldos dignos para los trabajadores, etc. El gobierno debe descubrir su papel de intermediario y de facilitador en esos procesos de negociación, no tanto de actor principal en el proceso social venezolano.

Por eso un escenario de diálogo aunque parece difícil en las actuales circunstancias, es el único que nos permitiría en verdad superar la actual crisis de gobernabilidad y nos permitiría el marco necesario para resolver los verdaderos problemas que aún siguen pendientes. El diálogo tiene costos, más en un tiempo en que las pasiones se apoderan de nosotros. Pero por eso mismo hoy más que nunca el dilema es ese, dialogamos o no dialogamos, y si no lo hacemos atengámonos a consecuencias peores para todos.

ARTURO PERAZA, S.J.
ABOGADO, MIEMBRO DEL CONSEJO DE SIC





Medios, periodistas y responsabilidades

-o el rapto de la investigación informativa y de la acción política-

MARCELINO BISBAL

En cuanto a la libertad de expresión, la pobre está tan sobada que su sola mención hace torcer el gesto. Por un lado, se la invoca continuamente para los menesteres más mezquinos, hasta haberla hecho perder su sentido: para insultar, para difamar, para calumniar, para acusar sin prueba, para vociferar más y acallar al prójimo(...). Mayor cinismo y trivialidad no pudo darse, la libertad de expresión quedó para el arrastre.

Javier Marías

La trampa

Cuando las más diversas investigaciones, en estos tiempos de tanto descreimiento hacia la política y los políticos, al igual que hacia el gobierno, nos están informando que de todo el conjunto de instituciones sociales la que merece mayor confianza es la de los *Medios de Comunicación* (con un 40,78% como promedio), seguido luego de la *Iglesia* (22,36%) y de la *Fuerza Armada Nacional* (con un 15,08%) y en los últimos puestos, con apenas un 7% respectivamente, el *Ejecutivo Nacional* y la *Asamblea Nacional*. O cuando nos dicen que el ciudadano de ahora cree más en la palabra de los *Comunicadores Sociales* (48%) que en la del poder del *Ejecutivo Nacional* (30%). O que la población hoy día tiene una visión de la realidad a través de los distintos *Medios*, en donde el 72% afirma que se entera por medio de la TV, el 36% por intermedio de la prensa y el 30% usando la radio. Y si observamos las evidencias acerca de qué *Medios* se prefieren para qué tipo de hecho veremos que la TV es usada, como canal de información, para hechos coyunturales en desarrollo, y la prensa es empleada para la profundización al detalle y de revelaciones de informaciones permanentes, y los propios perceptores consideran que la TV ofrece mejor información sobre noticias coyunturales. Y en el caso de la TV, que es el medio que ocupa el mayor espacio de nuestro tiempo libre, los contenidos periodísticos hace ya un buen rato pa-

saron a ocupar el primer lugar de los hábitos de consumo programático del medio con un 68% para los noticieros y 20% para los programas de opinión, es decir, un 88% para el género de información-opinión, y las telenovelas –programación que siempre se llevó el primer lugar de preferencia– con un 43% de consumo durante todos los días. ¿Qué nos quieren decir estos datos?

Nos están hablando de la tremenda responsabilidad que hoy día tienen los medios de comunicación y sus profesionales ante la realidad de los hechos y la construcción-presentación de esa realidad. Nuestra visión de las cosas, de las que tenemos próximas y de las que están lejos, nos viene dada por la massmediación que imponen los medios y la *mediación subjetiva* que le impregna el profesional. No nos caigamos a embustes, porque todo lo que se nos diga acerca de la objetividad en la reposición de los acontecimientos no son del todo ciertas y no concuerdan con la forma como se está desarrollando el papel de los medios en una sociedad, y especialmente en momentos de conflicto político. Porque los medios no son sólo narradores o comentaristas del conflicto, son también participantes del mismo conflicto político. El periodista uruguayo Héctor Borrat, sistematizando a todo un conjunto de teóricos sobre el tema, nos dice al respecto que el conflicto es noticia, y que el medio se presenta como actor político en las situaciones de conflicto sobre los que debe informar, y culmina con la afirmación de la necesidad –para el sistema de medios– del conflicto entre otros, y de su participación en el conflicto como definidora de su propia existencia.

Presencia de interrogantes: ¿Qué es la objetividad? ¿Puede ella hacerse presente en las cosas de los humanos? ¿De qué se habla entonces cuando la nombramos tan a menudo y en boca

de todos los medios? Expresemos de una vez por todas y por favor no nos sigan teorizando al efecto: *no existe objetividad en el discurso periodístico*, así como no existe objetividad en la propia vida. ¿Y entonces, a qué viene la afirmación de los medios y de los mismos periodistas de que “por encima de todo y sobre todas las cosas la objetividad de los hechos y sus múltiples formas de presentación”? Es un problema de matices con intereses (razón instrumental del medio) y de los asuntos que tienen que ver con la competencia profesional, la responsabilidad (de la ética) y nuestra posición psicológica ante la vida y su actuación, porque “el informador –nos comenta Manuel Martín Serrano–, como cualquier otro sujeto humano, está incapacitado para desprenderse de sus intereses, necesidades, prejuicios, cuando sus sentidos perciben unos sucesos o permanecen ciegos y sordos a otros; y cuando su reflexión interpreta de una u otra forma el acontecer que describe(...)”.

La misma responsabilidad que los medios le exigen al poder político y todo el conjunto de instituciones que lo conforman, debe ser exigida a los medios y sus periodistas en el ejercicio de sus funciones. No basta con que los medios y los profesionales de la comunicación requieran de la necesaria libertad para el ejercicio de la *libertad de expresión*, sino que ellos deben ser la muestra de la responsabilidad que significa hacer realidad tal libertad. “Cuando alguien –escribía un columnista en *El País* de España en 1995– les reprocha –a los periodistas–, la inanidad de su discurso, su automática falta de profundidad, cuando alguien detecta falta de sudor o de agudeza, de lecturas o de meditación, se emberrenchinan: ¡Esto no es una tesis doctoral! Y no lo es, en efecto: el impacto colectivo de sus obras es infinitamente más importante que una tesis doctoral”.

La polémica entre la responsabilidad del medio y el papel ético que le compete, enfrentada a la coyuntura del conflicto político y los hechos que se suceden desde él, hace caer en la trampa de la presentación inmediata del acontecer sin haberlo confirmado, profundizado, persuadido... Lo importante no es dar la información por darla, sino confirmar si ella es verdad para argumentarla, sostenerla, defenderla. La trampa, a la que están sometidos todos los medios—especialmente sus periodistas—por lo que ellos son en cuanto actores del sistema social y del sistema político en particular, es caer en el juego que impone el *lucro* y la *influencia* del medio. La pregunta acuciante de esta trampa (la del lucro y los intereses del medio) es si los profesionales del periodismo tienen que servir ciegamente a esos objetivos.

La estrategia comunicacional

El conjunto de medios, como aparato mediático, se mueve entre dos discursos: el que ellos exponen explícitamente con lo que dicen ser, y el que realmente nos está diciendo lo que son. A ese segundo, difícil de descubrir pero no imposible, es al que debemos orientar nuestros esfuerzos para descubrirlo y dejarlo visible en el escenario del conflicto. En ese sentido, un análisis detallado de los temarios que publica o transmite el medio nos dará un conocimiento de él como actor social y político. “Los periódicos (todos los medios) —nos dice Héctor Borrat— de información son actores políticos de primer rango por la variedad y la potencia de los recursos de que disponen para influir y lucrar en todos los escenarios posibles”.

La estrategia comunicacional de los medios no se aprecia en lo que ellos dicen que son, en el expresarse incluso retóricamente y hasta casi cínicamente, sino en sus formas de actua-

ción informativa. Al respecto, habrá que preguntarse: ¿Cómo están conformando sus agendas los medios del país en el momento que nos está tocando vivir? ¿Cómo se construyen nuestras opiniones acerca de lo que pasa a través de las exposiciones a los medios? ¿De qué libertad de elección disponemos para esa construcción? Aquí está el núcleo de lo que nos está sucediendo como audiencias y como ciudadanos. El meollo del asunto es conocer cuánto de parcialidad/imparcialidad está presente en los discursos informativos del presente, cuánto de verdad/mentira/fantasia está impregnando las distintas emisiones e informaciones del acontecer político de hoy... La práctica comunicacional no ha sido capaz de deslindarse del maniqueo pensamiento chavismo y antichavismo y todas las formas discursivas que se derivan de esa “clave lingüística” y “clave ideológica” que impuso el poder Ejecutivo y sus más cercanos, y a la que los medios sucumbieron sin mayor esfuerzo porque priorizaron la *dimensión afectiva-emocional* de todo acto comunicacional por encima de la *dimensión de los hechos* (descripción del acontecer) y de la *dimensión ética* (“objetividad”, verdad, responsabilidad, reglas-normas). “Desde esta perspectiva —otra vez Borrat—, el periódico (los medios) comparte con otros actores del sistema político la necesidad de decidir y ejecutar ciertas *estrategias* que, superando los riesgos de cada situación de conflicto, movilizan sus recursos para el logro de sus objetivos permanentes y temporarios. Tiene que asegurarse el acceso a las *fuentes de la información política* que mejor le permitan conocer los conflictos y sus actores, el sistema y sus contextos. Pero a diferencia de otros actores, concentra todas sus actuaciones en el proceso de producción y comunicación pública de su propio *discurso*, buscando que él le asegure el logro de sus objetivos estratégicos”.

La práctica comunicacional no ha sido capaz de deslindarse del maniqueo pensamiento chavismo y antichavismo y todas las formas discursivas que se derivan de esa “clave lingüística” y “clave ideológica” que impuso el poder Ejecutivo y sus más cercanos, y a la que los medios sucumbieron sin mayor esfuerzo porque priorizaron la *dimensión afectiva-emocional* de todo acto comunicacional por encima de la *dimensión de los hechos* (descripción del acontecer) y de la *dimensión ética* (“objetividad”, verdad, responsabilidad, reglas-normas).

El juego del periodista

El comunicador se debe a su espíritu y vocación profesional, pero también al medio y sus intereses. ¿A quién sirve? Deslinde: el profesional de los medios se debe a su sociedad y a la ciudadanía que se mueve dentro de ella, se debe a sí mismo y a la función de ser espejo de la realidad, pero él también es un actor político en el complejo sistema de conflictos. ¡Difícil tarea la del comunicador!

Ser periodista significa no sucumbir a los fines y objetivos del aparato de medios (lucro e intereses), pero tampoco debe ser tentado por las razones de grupos y organizaciones del poder político instituido. El comunicador, como actor comunicante entre la realidad y los públicos, participa como testigo en la elección, organización, evaluación, y constructor a través del relato (escrito o audiovisual) de la misma realidad. El es un mediador que debe ofrecer su producto comunicativo con la mayor honestidad y eticidad de la que sea posible ofrecer por intermedio de sus destrezas y competencia profesional. Decía alguien que *"ser periodista es hoy una profesión que exige un alto nivel de responsabilidad y conocimiento, empezando, claro está, por el conocimiento de la propia conciencia. No se trata de educar ideologías, sino de conseguir unos criterios cuya base fuerte ha sido la reflexión y el análisis sobre lo que se dice, cómo se dice, con qué objeto, con qué responsabilidad, con cuanta libertad e independencia"*. Esta conceptualización hoy se complejiza mucho más cuando ahora la ciudadanía siente, y así lo expresa, que los periodistas están ocupando el territorio que los políticos dejaron vacante. El periodismo se ha vuelto un saber y una acción muy activa en el desarrollo de los acontecimientos sociales.

Así pues, ahora habría que preguntarse cómo se está haciendo nuestro periodismo y sus productos comunicativos en las actuales circunstancias. Dejemos que hable un periodista en ejercicio, antes académica, acerca de nuestra rutina periodística. Al respecto, Marta Colomina expone los errores más sobresalientes de los comunicadores venezolanos en el día de hoy:

- Simplificar los hechos y presentarlos de una forma fragmentada.
- El protagonismo excesivo de los comunicadores.
- Insensibilidad de los periodistas para con la gente común.
- Incapacidad para la autocrítica y para la recepción de las correcciones por parte de los ciudadanos.
- Paso del secreto de la fuente al secretismo de las corruptelas.
- Intromisión en la vida privada de las personas.

Creo que existe una confusión entre nuestros deseos políticos, ideológicos e impaciencia por la situación del país y lo que día a día hacemos con el ejercicio periodístico plasmado en los medios. El quehacer comunicacional del presente se está moviendo más entre aquellas reservas que siempre le hemos hecho a cierto periodismo de farándula y al producto "amarillista" que de allí se desprende. La verdad investigada, interpretada, profundizada y constatada está sucumbiendo a la premura y valoraciones políticas/ideológicas, éticas, morales y de conciencia muy discutibles. Cierta periodismo se está moviendo y haciéndole culto a hechos que dudosas fuentes suelen proporcionar y que no sabemos a quién sirven realmente. No estoy pidiendo neutralidad en las formas y contenidos comunicativos (esto nunca estará presente, ni es deseable que lo esté), no aceptaría comunicadores inocuos, pero sí requerimos urgentemente honestidad en el proceso mental que va desde los datos a las conclusiones.

Como resultado de estos planteamientos, de alguien que no está sometido a la inmediatez y a la urgencia informativa del día, digamos que una tarea urgente del presente es discutir serenamente y seriamente también qué tipo y forma de producto comunicacional estamos elaborando. No se trata de vencer con todas nuestras armas comunicacionales al "mal", se trata de conversar ponderadamente e independientemente acerca de lo que estamos haciendo más allá de intenciones doctrinarias y afectivas, simplemente para que el día de mañana no tengamos que arrepentirnos por lo que ahora estamos edificando. Qué bien lo dijo el desaparecido catedrático Mauro Wolf: "No se comprende por qué una so-

iedad cada día más opaca, compleja y difícil de interpretar deba ofrecer un periodismo simplificado, de criterio o espectacular. Para quien desee divertirse existen otras profesiones y otras formas de comunicación(...) El periodismo debe ser cada vez más consciente de que no puede desarrollar su papel sin pagar un precio a su sentido de la responsabilidad y sin pagar el peaje de estar a la altura de la sociedad que pretende describir y servir".

Entre intolerancias y fundamentalismo de un lado, y falta de rigor, irritaciones y mucho prejuizar, adjetivar y tomando partido de entrada... nos estamos moviendo. Moniváis nos lo dice: *¿A qué más podrían aspirar los carentes de toda información? Al dibujo alegórico, a las frases como epitafios, a los adjetivos estremeceadores, a las anotaciones desolladoras o commiserativas. No me defiendas compadre, ¡así no!*

MARCELINO BISBAL

COMUNICADOR SOCIAL. PROFESOR UCV-UCAB